

memoria

Amanda Labarca. Una feminista chilena de principios de siglo

Presentación y selección de Diamela Eltit

Amanda Labarca, chilena, profesora (primera mujer en acceder a una cátedra universitaria en el país), publica en 1946 su libro *Feminismo contemporáneo*, del cual reproducimos tres textos. Volver a examinar esos escritos implica ver la distancia y la cercanía a la vez de algunos problemas que afectan a la mujer, como es la dimensión de la violencia o la desigualdad social otorgada por la dispar categorización de los roles. La cercanía de estos textos con los tiempos presentes está en una semejante violencia, en una repetida falta de equidad; la distancia es la retórica que los articula.

Amanda Labarca, escribe, pues desde la retórica que le permite su tiempo (casi medio siglo) y su discurso tiene las aristas de una conocida moral para encontrar allí una legitimación. Es una empresa retórica especialmente política, buscando una salida política en un espacio complejo como es el espacio latinoamericano de hace cincuenta años. La pregunta sobre el destinatario del discurso de Amanda Labarca está a la vista. No son las mujeres, pues las mujeres ocupan el lugar del vencido en su discurso, ni siquiera se podría decir que son los «hombres», más bien parece que ella estuviera apelando al poder (en cuanto justicia) y desde allí esperara una reparación moral.

Su estilo, didáctico, realista, se ampara en el cotidiano —la vida cotidiana— para probar lo legítimo de su empresa. Pero, detrás de su empresa, se pueden ver problemas que aparecen ahora como tremendamente contemporáneos, validándose así el título del libro. Hoy, que el cambio del discurso latinoamericano derrumba la vigencia de incontables textos porque las relaciones sociales o bien se modifican o bien se rearticulan desde otra óptica, vale la pena preguntarse por qué estos textos pueden circular con la misma relativa exactitud en sus contenidos y en la misma situación de marginalidad que fueran escritos.

Y esa pregunta pone en jaque para las mujeres latinoamericanas la idea de “desarrollo” (en el sentido de ganancia) al interior de un movimiento feminista, a la vez que permite vislumbrar la cantidad de tiempo en que ciertos temas han sido discutidos por parte de las mujeres, con logros siempre parciales, siempre titubeantes.

Pero, quizás lo que corresponda en publicaciones como *debate feminista*, es hacer de nuevo luz sobre estos textos primeros en Latinoamérica que, sin duda, están fragmentariamente dispersos por los distintos países americanos, para hacer con ellos tanto una diacronía como una sincronía y a esa luz pensar tanto en un pasado como en las líneas que van determinando un presente, en los escritos y en la realidad social de mujeres.

Amanda Labarca, una de las precursoras de la problemática de la mujer en Chile, da cuenta en el texto de sus estrategias para conseguir revertir una situación que le parece éticamente reprobable. Quizás lo más importante esté contenido en su retórica (que es la vez su estrategia), en el cómo negocia con su tiempo y su contexto una escritura que desde la “verdad” de una condición (la condición femenina), se vuelva políticamente ineludible. No se podría hablar de «fracaso» ni menos de “triumfo” al leer estos textos, lo que me parece productivo es permitir que esos escritos —a la manera de un mapa— sean circulados para vislumbrar la ¿(des)? historia de la mujer latinoamericana.

Trayectoria del movimiento feminista de Chile

Amanda Labarca

Siete decenios ha cumplido el movimiento feminista en Chile. Titubeante luz de amanecer, asoma por allá en 1870, cuando dos hombres, salido uno de las filas de la política conservadora, de su laboratorio de ciencias agrícolas el otro, don Máximo Lira y don Jorge Mennadier, se atrevieron a afirmar bajo su rúbrica que era posible que, siendo la mujer creatura de Dios, contase, al igual que el hombre, con un cerebro inteligente. Afirmación por ese entonces revolucionaria y peregrina.

La semilla caía en terreno fecundo. Principiaba a variar la composición social chilena. El auge del comercio internacional, el laboreo afortu-

nado de las minas, la conciencia solidaria de obreros que acudían a sus "Sociedades de Tipógrafos" y de "Socorros Mutuos de Artesanos", anunciaban el advenimiento de una capa social que se infiltraría entre las dos que caracterizaron a Chile desde la colonia. La componían gentes penosamente victoriosas de la pobreza, que habían bregado, a la vez, contra sus propias limitaciones y las que les oponía la rígida estratificación social de la época, y que comprendían que la única herencia con que podían asegurar la superación de sus hijos era una sólida educación.

Para la mujer tanto como para el hombre, decían los liberales más ilustres, los que habían leído la obra capital de Stuart Mill sobre emancipación femenina. Para la mujer, como para el hombre, repetían en voz baja las educadoras que moldeaban a las niñas de esa pequeña burguesía. Doña Antonia Tarragó y doña Isabel Le-Brun de Pinochet, imploraban en vano a las autoridades universitarias que aceptasen a sus alumnas a exámenes valederos para alcanzar el Bachillerato. Hasta que el tiempo llegó, cuando, en 1877, el más esclarecido de los liberales, don Miguel Luis Amunátegui, con el prestigio de su pluma, su ejecutoria de ministro, la entereza de sus convicciones, abrió a las niñas de Chile con gesto decidido y visionario el portón cerrado de la casa de Bello.

Por él avanzaron entre luchas y esperanzas: Ernestina Pérez y Eloísa Díaz, las dos primeras mujeres que, al recibir el título de médico, conforme a los reglamentos, se convirtieron en las adelantadas de todas las otras en el continente iberoamericano. La segunda etapa la marca la creación de los liceos fiscales de niñas, en los que soñó don Miguel Luis, y que la Guerra del Pacífico aventara en sus comienzos. Hubieron de pasar cerca de veinticinco años para que la tentativa arraigase sólidamente, con la fundación del Liceo de Niñas No. 1, de Santiago, en 1895, al cual siguieron, al principio con timidez y luego con ímpetu avasallador, los cuarenta liceos femeninos que hoy existen en la República.

Les habían precedido, a partir de 1854, las Escuelas Normales de Mujeres, y desde 1888, las Escuelas Técnicas.

Cuando la que esto escribe ingresó en 1922, en calidad de catedrática a la Universidad, el ciclo de conquistas culturales femeninas en Chile completó una etapa. Desde entonces, ni legal ni prácticamente existen obstáculos para el ascenso de la mujer por los senderos de la superación intelectual.

Dejan de ser ésas las metas de su trabajo. Desde 1915 la lucha se desplaza hacia las reivindicaciones legales. El 17 de Junio de ese año iniciamos las labores de la primera sociedad íntegramente formada por

mujeres y que pretendía alcanzar por medio del esfuerzo de todas, la elevación colectiva. Fue el Círculo de Lectura. El Club de Señoras, se formó inmediatamente después. El Consejo Nacional de Mujeres, fundado en 1919, se preocupó de la obtención de una mayor justicia social para la mujer. Como su Presidente, nos cupo tomar la iniciativa de solicitar explícitamente los derechos civiles y políticos, lo que se consiguió en parte con el decreto-ley firmado por el Excmo. señor Bello Codesido y don José Maza, el 12 de Marzo de 1925, que levantaron las incapacidades legales que nos rebajaban a la calidad de un menor.

Ese decreto-ley fue pórtico y anunciación. Dio alas a la mujer para que se congregara en sociedades múltiples, en Santiago como en provincias, y que persistiera en las conquistas de sus derechos. El sufragio en cuestiones municipales, otorgado en 1934, marca el advenimiento de la mujer a los partidos políticos, de donde surgen de inmediato doña Graciela de Schnacke y doña Alicia Cañas de Errázuriz a ocupar puestos de alcaldesas en comunas de Santiago.

Es que desde 1870 acá, el ejército de mujeres empeñadas en labores de producción desde los talleres y las fábricas, las casas comerciales, los bancos, las oficinas privadas, y públicas, el magisterio, las profesiones liberales, contado al principio por decenas, suma ahora más de 300 000, y de entre ellas hay quienes se han destacado hasta las primeras filas en la estimación de la República.

Prolongaría demasiado estas palabras el recuerdo de todas las que han excedido en el cultivo de las artes y las letras. Rebeca Matte, Herminia Moissan, Gabriela Mistral, Marta Brunet, son iniciales iluminadas de los capítulos que honran la cultura de las Américas.

En dos ocasiones las mujeres chilenas han realizado un recuento de sus progresos: la Exposición Femenina de 1927, con motivo de la celebración del cincuentenario del Decreto Amunátegui, y la otra en diciembre de 1939, auspiciada por el MEMCH, después de cumplidas las bodas profesionales de Eloísa Díaz y Ernestina Pérez. Ahora trabajamos para celebrar un Congreso Nacional que nos reúna a todas democráticamente, desde el sindicato de trabajadoras hasta las mujeres universitarias, para reconocer lo que cada una ha realizado dentro de su campo y lo que aún el pueblo de Chile espera de nosotras. Es el momento que el ejército hace alto para recontar sus huestes y acordar su próximo objetivo.

¡Qué otro puede ser en estos agrios instantes, en esta sangrienta encrucijada de la cultura de Occidente, que laborar porque la especie

humana conviva en un mundo de paz, entre el respeto democrático de grandes y pequeñas naciones, al amparo de las leyes que liberen a los pueblos y a los individuos de la soberbia de los más fuertes; que nos brinden a todos justicia, libertad, democracia y bienestar y que permitan a la mujer laborar de igual a igual que el hombre en el logro de estas ansiadas y queridas esperanzas!

Hogar, dulce hogar

Esta Lucinda de la que vamos a hablar, bordea los treinta años. Creció en un hogar normal en que se le concedió rango e importancia idénticos al de sus hermanos. A decir verdad, quién sabe si un tantico superior, porque si bien mamá tenía debilidad por sus muchachos, en cambio el padre adoraba a la hija y resplandecía cada vez que ella demostraba su personalidad, inteligencia y buen gusto.

Llegó el momento en que se enamoró y se empeñó en casarse. De buena gana, sus progenitores lo habrían diferido, a pesar de que no había reparo serio que hacerle al novio, un hombre ya formado que la había visto crecer y que le rendía un homenaje caluroso. Y pasaron unos pocos, muy pocos años.

En la casa antigua, que les ha quedado grande desde que los hijos han partido a formar cada uno su hogar, los padres comentan con penosa inquietud, las trizaduras que advierten en los jóvenes matrimonios.

Como si la hubiesen llamado telepáticamente, Lucinda aparece. Los padres se miran.

La conocen tanto y tan bien, que presienten una desgracia.

A poco de conversar, la hija interroga como no dando importancia a la pregunta.

—¿Padre, me permites venir a pasar una temporada aquí?

—Naturalmente, pero ¿tu marido, qué pasa?

Llanto, palabras entrecortadas, frases de consuelo... total; que ella explica que ha decidido divorciarse.

—¿Cómo es posible? ¿Y tu niña?

—Precisamente por mi hija. Está en edad en que ya principia a comprender.

Después de una conversación difícil, preñada de párrafos ininteligibles y confusos, van apareciendo las causas.

—Somos incompatibles. Esa mujer a quien él quiere por esposa no soy yo. Cuando me casé fui su niña adorable, y ¡claro! a mí me encantaba que me tratase con tanto mimo; pero fueron pasando los años y acaso dejé de ser adorable, pero continué siendo para él la niña de la que se dispone, que se trae y se lleva sin consultar, la que debe obediencia a un varón superior. Uds. —añade— me educaron como a persona y jamás se les pasó por la mente que obedeciera a mis hermanos por el solo hecho de ser hombres y sin que estuviera convencida de que lo que insinuaban era justo. Uds. me enseñaron a ir a los conciertos, a cultivar amistades, a gustar de los trapos lindos. Pues mi marido cree que todo eso está de más en una mujer casada y que deben bastarme la cocina, la costura y la crianza de la niña. Sin duda que me gustan, los estimo fundamentales, pero no me bastan, y ya no puedo soportar que todos los días y a todo momento me eche en cara que falto a mis deberes tal como él los concibe. Asegura que la dicha del hogar es obra de la mujer; pero él no pone nada de su parte; debo ser yo siempre la que ceda, la que se sacrifique, la que tuerza mis inclinaciones; quiere que yo le respete su personalidad, pero a mí no me concede ninguna, y cuando suplico se irrita, pierde el control, me ofende, incluso delante de la niña y de las empleadas.

—Pero esas no son causales de separación —aduce la madre ¿cuándo se ha oído jamás de que alguien rompa un matrimonio por eso? Nada serio e irrevocable ha ocurrido entre ustedes.

—¿Cómo que no? —arguye Lucinda—. Si para él no soy una compañera, sino una mal ama de casa, si no me respeta, y me humilla por cualquiera pequeñez, ¿cree Ud. que yo no estoy al borde de convertirme en lo que Ud. llamaría una mala mujer? Y tampoco mi hijita saldría indemne, porque inconcientemente concluiría yo por verter esta irritación mía en ella, tal como ya lo hace mi marido...

En un intento de conciliación, los padres van en busca del yerno.

Las quejas de éste son de otro tenor.

—Lucinda es soberbia, voluntariosa, porfiada y no hay quien la haga variar cuando se le ha ocurrido tomar una decisión. Es intrusa, quiere saber qué hago con mis horas, mis negocios. Es frívola, mundana y coqueta... amigas, tées, conciertos, pretextos para salir a lucirse... quién sabe a quién intenta parecerle bien. ¿Y de qué se queja? ¿No le doy el dinero que necesita para su casa? ¿No trabajo para ella? Si Lucinda vuelve, ha de ser con la condición de que una vez por todas se acomode a que en la casa mando yo. Su obligación es obedecerme.

Ya de retorno, los padres comentan sus tristezas.

—Yo recuerdo —dice él— el hogar de los abuelos, en donde los niños no podían hablar en la mesa si no se les dirigía previamente la palabra, en donde la mujer trataba a su marido de Ud. y por el apellido, en donde se enseñaba a las muchachas a servir obedientemente a los hermanos. Nosotros superamos esa etapa y creímos que era mejor que los niños crecieran en un ambiente de compañerismo, de igualdad, consideración y ayuda mutua. Y nuestras hijas lo llevan en la sangre, porque así han vivido desde que nacieron. Mas, la ley, los códigos y la tradición quieren todavía que sea el hombre quien ordene y la mujer obedezca. En un mundo de democracia creciente, se conserva un matrimonio que legalmente es autocrático en lo que se refiere a marido y mujer, democrático en el concepto de educación de los niños. La democracia ampara la evolución de la mujer y ella se ha adaptado rápidamente, porque la favorecía; en cambio, por regla general, el hombre ha conservado su antigua actitud, porque lo apoya la fuerza de la tradición secular y porque le resulta más cómoda y satisfactoria.

Ya maduro, con la ley y la costumbre de su parte, se necesita de mucha inteligencia o de mucho amor para abandonar voluntariamente sus privilegios, dejar de ser el amo y pasar al rango de igual. Además, ese compañerismo es muchísimo más difícil de equilibrar, requiere más tacto que la fórmula antigua.

Si existe hoy tanta disatisfacción en el matrimonio es porque algo falla en la institución misma. El divorcio es la operación quirúrgica a la que se recurre cuando los tratamientos han fallado. Es un resultado y no una causa. Si nos oponemos al divorcio de Lucinda no vamos a hacerla más feliz a ella ni a su hija, porque ¿cómo podrá educarla sanamente si se considera una desgraciada y una fracasada sin remedio? Y si su marido no abandona su pugna de principios, ¿cómo esperar que exista esa paz indispensable a la amable convivencia? ¿No irá cualquiera de los dos y pronto, a buscar en otra parte la dicha que no encuentra en casa?

—El hogar en unión, comprensión y paz, ese es el ideal— exclama la madre.

—Sin duda, responde él. Ningún nido, ninguna escuela, ningún ambiente más propicio al desarrollo de los niños que un hogar normal. Más, para formarlo hacen falta dos voluntades que quieran y puedan armonizarse. El hogar es como una orquesta sinfónica; cada cual desempeña un papel acordado con el de los otros, diferente en sí mismo, armonioso con el resto. Y todos obedecen al director y a la partitura que en este

caso se confunden en el anhelo de dicha, compartida en bien del sano desarrollo de la personalidad de los cónyuges y de los hijos.

¡Hogar, dulce hogar! ¿a qué precio se logra su dicha? No es obra del azar ni de la improvisación. Es un edificio construido en el tiempo, con la ayuda de materiales sutiles, delicados, casi imperceptibles. Es obra de conjunto de él y de ella, de sacrificios y de concesiones mutuas, de paciencia, comprensión y discreción; de perdones en silencio, de benevolencia inalterable, realizado sin amarguras, porque el cónyuge ofrece la compensación en moneda de amor o de afectuosa y perenne solidaridad.

Precisa, sin duda, educar a la niña para la vida doméstica. Igualmente importante es preparar al muchacho, y de esto muy pocos se acuerdan.

La mal tratada

Hoy llama a tu puerta la mal tratada. ¿Quién? La mal tratada. Tú la conoces, la ves todos los días, mas la costumbre de su espectáculo cotidiano nubló tu compasión.

Es, en primer lugar, la mal tratada por el alcohol; tu lavandera, tu cocinera, la mujer que habita barrio por medio, en el conventillo. Su marido es obrero, o comerciante ambulante, o vendedor del mercado, y cuando se pone a trabajar no lo hace mal. Por desgracia, la tajada más ancha de sus ingresos desaparece en la voracidad de la natina, en las francachelas con amigos o el lupanar.

Sábado y Domingo son sus días de olvido, de saberse dueño y señor de su dinero. ¡Para eso trabaja! ¿La esposa, los hijos? Que se avengan como puedan. La casa está desnuda de muebles y del más elemental bienestar.

No le hacen falta, porque su esparcimiento lo encuentra afuera. La mujer rasguña de aquí y de allá para que la prole no muera de hambre ni de frío. Apura sus escasas fuerzas. Con eso y todo son sus hijos los que pululan en el arroyo sin más porvenir que la miseria, o si logran ir a colegio, son sus hijos los que requieren la asistencia escolar: el desayuno, el ropero misericordioso, la colonia de vacaciones.

Cuando ella se queja, el marido se ofende, vocifera y amenaza golpearla. Son insufrible carga la mujer y los hijos. La increpa como si el tenerlos fuera un delito exclusivo de ella. Ese resentimiento, fermentado

por el alcohol, concluye por cegar y, alguna vez, cuando al regresar a casa, se enfrenta con la familia imploradora, su furia no conoce límites. La mujer corre a esconderse a casa de una vecina. Mas el borracho la encuentra y la abofetea hasta quedar agotado.

Muchas veces me he preguntado si es el alcohol el que vuelve al individuo irresponsable a sus deberes familiares o si aquel de suyo irresponsable acude con más facilidad al alcohol. Sea como fuere, su estéril llamarada esfuma los ingresos económicos, disuelve la familia y tortura a hijos y mujer.

Esta es la casada; la madre soltera no sufre menos. Tanto a una como a la otra el hombre la abandona cuando le viene en gana. Se marcha al norte, al sur, a donde le lleva el espejismo de una vida más fácil o una faena mejor remunerada. Y no sabe más de él. ¿La hembra y los críos? ¡Qué importa! La madre los cuidará. Y allí queda la infeliz, sin más armas que su ardiente voluntad, bregando sola, sin amparo y sin oficio que le valga mucho. ¿Cómo consigue sustentarlos? A fuerza de sacrificios sin cuento.

No es sólo la mujer del pueblo la mal tratada en nuestros países derivados del mestizaje indígena y de la prepotencia varonil del español. Es así mismo la de algunos hogares de la clase media. En una repartición pública de Santiago de Chile, cuyos empleados, de acuerdo con la ley, gozan de asignación familiar, es fama que el día en que la perciben van todos juntos a servirse un opíparo banquete. Consumen en un instante lo que la ley da a la familia por el mes. No son obreros, no son incultos; son faltos de responsabilidad doméstica.

Las leyes óptimas suelen ser desvirtuadas y escarnecidas por la impudicia humana. La de la Asignación Familiar la recibe en Chile el hombre, que cuando es honesto y bondadoso la consagra a su mujer e hijos, pero cuando no lo es, la dedica a incrementar la cuota de sus despilfarros.¹

La mal tratada se halla también entre los más linajudos. Son esas mujeres infatigables como hormigas que vemos a diario vendiendo trajes, ejerciendo el corretaje de seguros o de avisos, improvisándose en profesiones en que han tenido que sacar fuerzas de flaqueza, sabiduría

¹ En varias provincias del Canadá, la asignación familiar es entregada de acuerdo con la ley, a la esposa y no al marido.

de la ignorancia, porque el marido las abandonó o porque se disolvió el matrimonio y el padre de los hijos acude a toda clase de subterfugios legales o de amenazas cuando se le solicita auxilio para su educación y vestuario.

En otra esfera, también es mal tratada la funcionaria de no pocas reparticiones públicas. Se le exige igual o mejor trabajo que a sus compañeros y se la pospone en cada ascenso. Se le cierran los más altos puestos del escalafón. Es mujer. No cuenta aún con voto ni influencias políticas.

Sobre débiles y maltratados hombros femeninos, gravita hoy el peso de una porción más y más vasta de la familia chilena. En la clase popular, sin ellas, perecerían los hijos.

No faltan escritores que principian a dolerse de que la mujer esté invadiendo todos los campos. No recuerdan que es la irresponsabilidad de muchos hombres la que las empuja al trabajo y a una desesperada lucha. En ellas está la especie defendiendo su supervivencia.

La costumbre encallece las manos y endurece el alma. Todos presenciemos a diario cómo el alcoholismo, la irresponsabilidad del hombre frente a sus deberes familiares y la indiferencia pública maltratan a infinidad de mujeres, merecedoras de un mucho menos áspero y amargo destino. Poquísimos son los que se detienen un momento a pensar en cómo evitar tanto dolor inútil. Las leyes, la organización estatal tienen como máximo objetivo asegurar la vida, la salud, la superación de la familia humana y promover la felicidad de todos. Entre nosotros, el bienestar espiritual, la dichosa convivencia son excepciones. Alguna vez la maltratada se revuelve contra su victimario y llega hasta el crimen, y otras veces envenena lenta y subrepticamente el alma de los hijos hasta disolver con su odio, el natural afecto de los hijos hacia su progenitor.

No abogo por un feminismo de superioridad, sino de equivalencia; no pretendo afirmar que todas las mujeres sean víctimas inocentes, ni que todos los hombres olviden o ignoren sus responsabilidades. Tampoco es mi ánimo concluir que la miseria de niños y mujeres obreras se deba siempre al despilfarro masculino. No. Tal como sé que los cargadores de Tocopilla y de otros puertos norteños— de los mejor pagados en toda la costa del Pacífico— no golpean en el mesón del bar para pedir una media pilsener, sino un metro de botellas o una mesa entera de cerveza, mientras la cónyuge y la prole se consumen en la desnutrición, me consta igualmente que en muchas industrias y en no pocas oficinas y casas comerciales, los salarios no bastan a subvenir a una mínima decencia. El objeto de mis palabras es otro: es crear una atmósfera de simpatía y com-

presión hacia la mujer mal tratada, a la que Chile le está debiendo hoy la vida de muchos de sus hijos. Nuestro punto de mira es el porvenir de éstos. Es muy difícil que mañana sean normales, bien quietos con la vida, animosos y alegres, si ha fallado el hogar. En él varón y mujer tienen derechos y deberes correlativos. Las Secciones de los sindicatos y de los partidos políticos que trabajan por el bienestar de las grandes masas populares, deberían ocuparse de este problema que es a la vez tragedia, derroche de dolor estéril y amenaza para el porvenir y crecimiento de la raza.

1946

